



Mario Soares, y junto a él su ayudante, Jorge Campaños, y los ministros de Trabajo, Antonio Gonelha, y de Planificación, Antonio Gomes, durante el debate parlamentario que terminó con el voto de censurar al Gobierno socialista.

Portugal

LEJOS DE LOS CLAVELES

EDUARDO HARO TECGLÉN

CUNHAL y Soares, y todos los grandes exiliados, perseguidos, encarcelados de Portugal, se abrazaban en los días de mayo y abril de 1974, cuando los fusileros de Marina patrullaban por las calles con un clavel en la boca, como una estampa heroica del octubre ruso, como una reproducción de los marinos de Cronstadt. Se hablaba de revolución, se la llamó líricamente la revolución de los claveles. Algunos —muchos— creyeron que había comenzado la época del reparto social, Comités autogestionarios, de saneamiento, aparecían en las empresas públicas y privadas. Pero esas cosas ya no son de este tiempo. Ahora estamos lejos de los claveles y los abrazos, y Portugal se encuentra con su primera crisis ministerial después de la Constitución. Hasta el último momento, Mario Soares creyó que los comunistas podrían votarle en la moción de confianza que presentó en la Asamblea. Pero no hubo acuerdo. Según el comunicado del PCP, se agotaron todas las posibilidades de entendimiento: y todo lo sucedido "con-

firma la necesidad urgente de una nueva política que respete las conquistas del 25 de abril y permita, conservando la Independencia nacional, salir de la crisis evitando el colapso financiero". El colapso financiero se está tratando de evitar por medio de la negociación de créditos del Fondo Monetario Internacional. El Fondo Monetario Internacional, residente en Washington y con una fuerte influencia del Tesoro de los Estados Unidos, no presta dinero simplemente, como el usurero de la esquina: requiere ciertas condiciones. Se estima que no son políticas, sino simplemente económicas y financieras. Requiere que el dinero de sus créditos sea utilizado para poner a flote una economía, que entienda dentro de unos marcos capitalistas. No puede ser garantía sólida la profunda reforma agraria, la nacionalización de fuentes de producción, la apertura de comités autogestionarios. En una palabra, las "conquistas del 25 de abril" parecen contrarias a la ideología del dinero occidental. Parecen también contrarias a los valores

internacionales de Soares: el Gobierno y los socialdemócratas de Alemania Federal, los Estados Unidos. Que tienen una obsesión política: la del cierre del paso al comunismo. Sobre todo, al de Cunhal, que no pretende ni siquiera aproximarse al eurocomunismo. Probablemente, con sus razones propias: Portugal no es exactamente Francia, Italia, Gran Bretaña, ni siquiera España. Portugal era un país subdesarrollado y pobre en 1974, y lo sigue siendo en la actualidad. Alvaro Cunhal, efectivamente, no fue nunca un hombre dúctil. No tuvo la perspicacia que han tenido los dirigentes y teóricos del PCE para saber los límites de lo posible y de lo imposible, ni la habilidad y la capacidad política del secretario general señor Carrillo para aprovechar las corrientes de aire político y remontarse. Eligió otra vía, y en ella sigue: sus votos podrían haber salvado la crisis portuguesa, haber mantenido en el poder a Soares. Pero Soares sí que está atenazado por límites de lo posible: por sus aliados internacionales y por

el miedo a una reacción de la derecha. Y al estallido de su propio partido, donde hay un ala derecha muy fuerte (que podría ahora ser llamada a gobernar, según algunas informaciones). Soares ha sido siempre anticomunista (no hay más que leer su libro escrito en el exilio, "Portugal amorzado", publicado en España por Dopesa, Barcelona) para saber cuáles han sido siempre sus puntos de vista. Son previos a lo que ha confirmado después su línea de poder. En la naturaleza de Soares estaba ahora no ceder al grupo de peticiones planteadas por el PCP como precio a sus votos, y en la naturaleza de Cunhal estaba también el no dar sus votos gratuitamente. Ya lo había anunciado: el apoyo que pudiera dar a Soares no sería nunca el equivalente de "un cheque en blanco".

No es sólo esto lo que espera el PCP de una crisis. Espera dos soluciones posibles, entre las muchas que se despliegan ante el Presidente de la República y el Consejo de la Revolución. Una es la del Gobierno de concentración en la que tenga algún representante, como lo tuvo en tiempos —antes de las elecciones, antes de la Constitución—, a lo que le darían derecho por lo menos sus cuarenta diputados. Otra es la disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones. Se inclina, al parecer —según su comunicado—, por esta última salida. La primera encontraría vetos muy fuertes: podría despedirse el crédito del FMI, podrían brotar de nuevo las presiones de la OTAN, y las amenazas económicas de Alemania Federal y Estados Unidos. La segunda, probablemente le valdría la conquista de muchos votos. Eso cree su estado mayor. Eso creen también los estados mayores de los diferentes partidos, y la información del Presidente de la República, y los servicios militares. La pobreza no ha disminuido en Portugal, el PCP ha ido ganando puestos en la opinión pública —superando a quienes le disputaban aquel papel en los momentos iniciales de la revolución, por pequeños grupos "gauchistas", que además han sido castigados duramente por las sucesivas situaciones políticas y podría, efectivamente, ganar algunos o bastantes escaños el PCP en unas elecciones anticipadas. Razón suficiente para que todos los demás estén en contra.

Las salidas reales son escasas. Hay una presión muy fuerte de las varias derechas, que aparecen unidas coyunturalmente, pero una administración del país más a la derecha sólo podría ser apoyada por la fuerza. No hay demasiada unanimidad en los militares en es-

PORTUGAL

te sentido, aunque se insista continuamente en la unidad del Ejército a las órdenes de Ramalho Eanes, que reúne los cargos de Presidente de la República, del Consejo de la Revolución y comandante general de las Fuerzas Armadas. Hay una gran derecha militante y actuante que quiere esa solución de fuerza; no se la puede descartar, aunque no sea inmediata y antes se apuren otras soluciones de gobierno. Desde el Partido Socialdemócrata hacia la derecha, no hay deseo de colaborar con Mario Soares en un nuevo gobierno. Colaboraría con un Gobierno socialista que estuviese presidido por el ala derechista, y por ello se cita a Victor Cunha Rego —actual embajador en Madrid—, que es la figura más destacada de esa "derecha socialista", que algunos consideran como socialdemócrata (término que, en general, también podría haberse aplicado a Soares, pero que tiene acunado un partido más a la derecha aún, el Partido Socialdemócrata). Quizá con esta desviación podría formarse una coalición denominada de centro, o de centro derecha. Pero ello ocasionaría una ruptura grave en el Partido Socialista, que ha difundido ya una instrucción a sus afiliados prohibiéndoles su participación en un Gobierno que no tuviera un carácter de unidad socialista. En este laberinto, se pronuncia otra posibilidad: la de la creación de un Gobierno "de técnicos". Es una solución clásica, que se ha utilizado en muchos países en momentos graves, y que nunca ha dado resultado. Los técnicos o especialistas, generalmente profesores, estarían presididos por un militar, para darle carácter de fortaleza y de seguridad. Es decir, para que sus decisiones pudieran ser ejecutivas, y hubiera una mano fuerte que combatiera las posibles disensiones populares.

Quizá alguna de estas previsiones, u otra solución imprevista, haya surgido ya a la hora de publicarse estas líneas, aunque todavía quedasen muchos trámites constitucionales por cumplir antes de que gobernase efectivamente: el designado tendría que iniciar consultas para formar Gobierno, lo conseguiría o no; en caso afirmativo, tendría que presentarlo en la Asamblea en una sesión de investidura, y obtener los votos necesarios para que pudiera tomar posesión.

Lo que se va ya, haya habido esta solución o esté todavía la crisis abierta, es que el próximo Gobierno de Portugal no puede considerarse como una solución, y

estará siempre en el equilibrio inestable de lo provisional. Quizá sirva para negociar los créditos del Fondo Monetario Internacional, que es lo más urgente que parece haber ahora en el país, pero nada más. Lo que es más grave, tampoco las elecciones generales anticipadas podrían resolver nada, aunque aclarasen más la repartición de opiniones en el país.

Lo que ilustra este episodio es la situación precaria en que tiene que vivir un país de las características económicas, políticas, financieras y sociales de Portugal dentro del contexto del mundo al que inevitablemente pertenece, que es el de Occidente. Occidente —Estados Unidos— ya no tiene excesivo interés en estabilizar aliados por el derroche de dinero: ya no estamos en los tiempos del Plan Marshall, en los que los países destruidos por la guerra se estabilizaban dentro de una democracia capitalista con esta "ayuda" (cuando no se podían utilizar otros medios: en Grecia, por ejemplo, el Plan Truman no consistió solamente en dar algún dinero, poco; sino en mandar un cuerpo expedicionario. Vencedor este, y con un régimen fuerte, ya no había por qué pagar tanto). Tiene otros medios.

La situación de Portugal requeriría una auténtica revolución. En un sentido pacífico de la palabra: una reforma agraria profunda, una modificación muy importante dentro de las relaciones de trabajo y capital, una socialización de los medios de producción. Esta solución le está vedada. Pero la solución capitalista no existe por ahora: no corresponde a los datos del país. Por lo tanto, su inestabilidad parece inevitable por ahora. Cualquier Gobierno llegará por cualquier vía y por cualquier programa a la misma falta de solución.

La aplicación que pueda tener esta enseñanza para países como el nuestro es escasa o nula. Salvo la seguridad de que ciertas salidas están vedadas por las obligaciones y necesidades que supone estar inscrito en un mundo con unas características determinadas. Todos los demás datos, todos los antecedentes, son completamente distintos.

Por eso la metáfora utilizada ahora con alguna fruición por la gran derecha española de que la caída de una dictadura arroja inevitablemente al desorden y a la indigencia, y la democracia no es apta para gobernar y administrar, no tiene sentido. No sólo en España: ni siquiera en Portugal. Lo único que sucede en Portugal es que la democracia no ha podido imperar realmente, ni siquiera en los textos, como consecuencia de una serie de presiones de fuera y de dentro. El que esto mismo sea aplicable a España es algo que está todavía por ver. ■

LA EUROPA DE LAS JUSTICIAS Y EL CASO REVELLI-BEAUMONT

JUAN MOLLA

1 LAS COINCIDENCIAS.— A veces las cosas suceden con tal precisión en las coincidencias que nos hacen pensar que vivimos sin saberlo dentro de una enorme partida de ajedrez.

El día 1 de diciembre último se celebraba ante la Audiencia Nacional española la vista de la causa de extradición seguida, a petición de Francia, contra los argentinos acusados de haber participado en forma indirecta en el secuestro de Revelli-Beaumont, director general de la Fiat-Francia, asunto del que pende el honor de la Policía francesa.

Unos días después, Giscard d'Estaing lanzaba en la cumbre de los nueve en Bruselas la idea del "espacio jurídico europeo", la "Europa de las justicias", la "unión judicial europea", "el crimen federal" o la "eurojusticia", palabra preferida por Alain Peyrefitte.

Demasiados nombres para cubrir la simple propuesta de establecer la extradición automática —sin necesidad de proceso— de todos los presuntos "terroristas" y autores de delitos graves de cualquier naturaleza y móvil.

Proyecto ambicioso de la Europa conservadora y, en teoría, un paso lógico hacia la unidad total europea. Pero cómo no considerar oportunista la propuesta, si advertimos las dificultades y contrasentidos que implica, en una Europa real, compuesta en verdad de legislaciones nacionales contradictorias, de Códigos penales tan diversos que reflejan las diferencias profundas en la valoración de la vida y de la muerte, de los derechos personales y públicos, de los lazos con otras comunidades de pueblos, por ejemplo, el de España con Latinoamérica. Diferencias tan profundas que sólo en un futuro lejano pueden imaginarse abolidas, nos hacen pensar que no se trata de una visión ambiciosa, sino de un pelotazo inmediato en la escalada antiterrorista emprendida por

Francia del brazo de la Alemania Federal, aun a costa de arrasar las tradiciones de la justicia francesa.

Esas tradiciones a que alude Román Escarpit en "Le Monde" al insinuar:

"Pero, ¿se ha pensado en reemplazar lo que a partir de ahora desaparecerá y que han conocido todas las sociedades primitivas, el lugar donde el hombre perseguido —sea cual sea el horror de su crimen— pueda encontrar una tregua; en una palabra, en crear un espacio de asilo?"

Y es sintomático de la rapidez con que se está tramando la operación, el que apenas hayan transcurrido unos meses desde que el propio Giscard, para explicar las reticencias de Francia en ratificar la convención antiterrorista del Consejo de Europa, dijera estas palabras: "Mañana pueden surgir en Europa regímenes totalitarios. ¿Se puede considerar a la ligera la extradición de una persona que fuera reclamada por tales países?"

Parece haberse convencido de que sí.

La plena cooperación de las policías francesa y alemana es un hecho. Sobre el patrón de la Europa de las justicias se quiere montar la Europa de las justicias.

Por estos mismos días Antonio Saura era expulsado de Francia donde se hallaba acogido desde hace muchos años, y el ministro de Justicia intentaba justificar las formas expeditivas de la entrega de Croissant a Alemania.

2. LA DECISION DE LA JUSTICIA ESPAÑOLA.—En momento tan crucial, la justicia española ha tenido el coraje de decir no a la extradición, con acento más firme de lo que muchos esperaban.

En su auto de 5 de diciembre de 1977, la Audiencia Nacional ha denegado a Francia su demanda de extradición de los argentinos por entender que el se-